

## IV EL ARZOBISPO DE CUBA (1850-1857)

Hemos descrito al apóstol catalán, mosén Claret, misionero pobre y a pie por Cataluña; nos va a costar ahora imaginarle revestido de pontifical y con mitra. Pero fue así.

No había pasado un mes aún de la fundación en el seminario de Vic, cuando el obispo de la diócesis, el 11 de agosto de 1849, comunicaba al fundador de los claretianos su nombramiento como arzobispo de Cuba, bajo el dominio colonial de España. "Me quedé muerto con tal noticia"— confesó el mismo Claret.

No se le aceptó la renuncia, que hizo de inmediato, principalmente a causa de la reciente y tan ansiada fundación. Pero el 4 de octubre, por obediencia a un explícito mandato del obispo de Vic, aceptó el nombramiento. Algo más de un año después, el 28 de diciembre de 1850, se embarcó hacia Cuba.

¿Cuáles fueron las causas de este nombramiento? Por lo acaecido más tarde, podríamos adivinar algunas: la archidiócesis de Santiago de Cuba era difícil y complicada debido a problemas sociales, morales y políticos; estaba religiosamente abandonada, sin Pastor desde hacía 15 años. Había que buscar un hombre vigoroso, fervoroso, acostumbrado a soportar las acometidas políticas y fiel a la Iglesia. En Madrid se pensó que el apóstol catalán era el hombre idóneo y Roma dio su beneplácito. Efectivamente, tanto el ministro de Gracia y Justicia, Arrazola, como el Arzobispo de Tarragona, Do-

mingo Costa y Borràs, buscaban un "obispo-misionero" para Cuba.

### 1. ARZOBISPO SOCIAL

En aquellos años Cuba había dejado de ser una provincia española de ultramar y era una mera colonia, regida por un gobernador militar. La isla atravesaba un momento de esplendor económico: azúcar, tabaco y café, en extensas y bellas plantaciones de un verdor exuberante. La población superaba el millón de habitantes y estaba integrada por 450.000 negros, alrededor de 60.000 chinos, 30.000 procedentes de países ricos y el resto hispanos nacidos en Cuba (criollos).

Pero la realidad social y moral era muy otra. Enumeramos algunos problemas sociales:

*Los extranjeros.* El control de la riqueza y de las empresas estaba en manos de extranjeros: norteamericanos, franceses y españoles.

*Los esclavos.* El tráfico de los esclavos negros, oriundos de la costa occidental de África, mal transportados a América Central y vendidos a precio de mercado, constituía un problema muy serio. Por más que Madrid, en 1820, declarara ilegal este tráfico, entre 1823 y 1865 entraron en Cuba aproximadamente unos 400.000 nuevos esclavos, arrancados de sus tribus, lenguas y culturas, y destinados a trabajar las grandes extensiones de tabaco, azúcar y café. Aunque vivían sus ritos religiosos, sus cantos, sus ritmos y sus bailes, eran tratados, sin embargo, como animales. Ante un problema de grandes implicaciones políticas, económicas y laborales, Mons. Claret actuó con

cautela, sobre todo cuando el mismo Capitán General era permisivo en este tema. Pero en sus correrías misioneras les predicó en las mismas plantaciones; en la iglesia —al administrar los sacramentos— los trató del mismo modo que a los demás fieles, sin distinción. Algo más tarde, en tiempo del Capitán General de la Pezuela, se publicaron una serie de artículos contra el tráfico de esclavos con el tácito apoyo del arzobispo. La reacción fue tan violenta que de la Pezuela fue sustituido por el capitán general de la Concha.

*El Arzobispo defensor de la vida.* El 25 de julio de 1851 escribió al Capitán General, pidiendo el indulto de la pena capital, a la que habían sido condenados siete rebeldes nacionalistas. Es una de las cartas más entrañables, porque revela una exquisita sensibilidad cristiana y social.

*Vuestra Excelencia me dirá que según toda ley deben morir; lo reconozco, señor, pero también le diré que a veces median circunstancias que aquellas penas que deberían ser capitales se conmutan en destierro y presidio... Y le puedo asegurar que el pueblo lo tengo en mi mano, de modo que mientras Dios me conserve la vida, en esta isla no habrá revolución... Y, por tanto, le pido, no sólo como prelado, la vida de esos siete, sino también como español, y confío que lo concederá, porque sé sus santas y laudables intenciones.*

*Los pobres.* A pesar de la gran riqueza y lujo de los terratenientes y de los poderes económicos, existía en Cuba una masa silenciosa de pobres callejeros. Claret los reunía, les predicaba todos los lunes y les ayudaba económicamente.

*Cajas de Ahorro.* En defensa de los pobres y de los jornaleros, poco acostumbrados al ahorro y al mañana, en febrero de 1854 fundó las Cajas de Ahorros y las implantó en todas las parro-

quias de la Archidiócesis. Con ello enseñaba el ahorro y educaba en la responsabilidad personal y familiar.

*Los presos.* Visitaba a los presos y les predicaba. Hizo instalar talleres de artes y oficios para darles una formación y una salida profesional al abandonar la prisión.

*Niños y adolescentes abandonados.* Eran legión, a consecuencia del desmoronamiento matrimonial y familiar. Claret proyectó y comenzó a construir una casa de beneficencia; era una Granja-Escuela en la que los niños y jóvenes abandonados aprendieran la cultura básica y se iniciaran en el trabajo y en la explotación de las plantaciones. Un proyecto que desgraciadamente no se pudo llevar a término porque, en 1857, Mons. Claret recibió el nombramiento de confesor de la reina Isabel II de España.

## 2. ARZOBISPO PASTOR

El cuadro eclesial del nuevo campo de trabajo de Claret no era excesivamente halagador.

*La Archidiócesis de Santiago.* En Cuba había dos diócesis: la de La Habana, capital de la Isla, y la archidiócesis de Santiago de Cuba, encomendada a Mons. Claret, que era considerablemente más extensa que la primera, con una quincena de grandes poblaciones, además de la capital, Santiago, y otras más pequeñas dedicadas a las plantaciones agrícolas; en total, 241.560 habitantes. Unas cuarenta parroquias estaban atendidas por 55 sacerdotes; y otros 70 servían en la curia, capítulo catedralicio y capellanías. Hacía 14 años que Santiago no tenía

obispo residencial debido a la marcha de Cirilo Alameda, Padre Franciscano, que en el período liberal de 1835 estuvo a punto de ser encarcelado y posteriormente tuvo que huir de la isla.

*Problemas religiosos.* Los problemas religiosos y morales que había de solucionar Claret eran la ausencia episcopal, con repercusiones en toda la vida eclesial; la gran variedad y diversidad de razas, culturas y condiciones sociales; los esclavos sin bautizar o bautizados sin el más elemental conocimiento catequético; la prohibición existente de matrimonios entre personas de raza distinta, lo que favorecía las uniones ilegales y temporales con consecuencias negativas para los hijos; y finalmente los restos de la oleada anticlerical procedente de España. Había una religiosidad popular muy arraigada, pero folclórica y sentimental, con poco fundamento evangélico. Era extraordinaria la devoción a la patrona, la Virgen del Cobre, a vírgenes y santos locales, festejados con procesiones, cánticos y danzas. El pueblo era el protagonista de estas celebraciones, con escasa participación de los sacerdotes.

*Los sacerdotes de la Archidiócesis.* Muchos tenían bajo nivel de instrucción y una pésima situación económica. Abandonados espiritualmente por el obispo ausente y económicamente por el Gobierno de Madrid, el arzobispo Claret resolvió esta penuria con insistentes peticiones, atendidas finalmente en Madrid: rebajó su propio sueldo casi a la mitad e hizo aumentar el de los párrocos y sacerdotes, extremadamente miserables. Muchos estaban en una situación de penuria, comprados fácilmente por los terratenientes al servicio de sus capellanías y de sus intereses y abusos esclavistas.

Entre ellos había sacerdotes sin vocación, que no habían cursado carrera eclesiástica alguna, con solo un aval negociado sobre sus estudios e idoneidad. Otros, los menos, llevaban una vida ociosa y a veces degradada. Si el problema de algu-

nos sacerdotes y religiosos era grave en España, mayor lo era en Cuba. Y si mosén Claret dedicó buena parte de sus trabajos apostólicos en favor de los sacerdotes y religiosos de Cataluña, especialmente en la predicación de ejercicios espirituales, más interés, si cabe, había de demostrar en su Archidiócesis. Dicitó, en efecto, muchas disposiciones encaminadas a normalizar los estudios eclesiásticos de los sacerdotes, a su dignificación personal y social, muy deteriorada, a la mejora del servicio litúrgico y a la restauración de iglesias, parroquias, sacristías y ornamentos sagrados, que se encontraban en un abandono deplorables. Finalmente, después de informar a Roma sobre el delicado problema de algunos sacerdotes amancebados, adoptó las decisiones más adecuadas en cada caso. No faltaron resistencias y hasta reacciones violentas contra el arzobispo reformador. Pero Claret fue exigente y fiel a las disposiciones de la Iglesia. Era ésta una tarea tan poco agradable como necesaria, si quería reevangelizar al pueblo de forma continua y constante. Como arzobispo tuvo que hacer de padre y pastor de los sacerdotes, sus colaboradores más inmediatos en la vida de la Iglesia diocesana.

### 3. ARZOBISPO MISIONERO

San Antonio María Claret, apenas llegado a Cuba, se trazó un plan apostólico de gobierno. Creó un primer grupo de sacerdotes, y les confió las tareas de administración y gestión de la curia diocesana bajo su supervisión; y un segundo, de sacerdotes misioneros, que debía recorrer toda la isla, con los que se reunió para promover una campaña continua de evangelización en la archidiócesis. En primera instancia, los misioneros irían a las parroquias, y en un segundo momento iría

él, acompañado de algún sacerdote, especialmente del P. Manuel Vilaró, cofundador de la Congregación, que fue con Claret a Cuba. Los misioneros catequizarían y removerían las conciencias, mientras que el arzobispo predicaría temas morales y después confirmaría, casaría y arreglaría situaciones matrimoniales irregulares. Esta tarea episcopal era compleja y dura, pero urgente y necesaria. De esta manera, en el caso de matrimonios, volverían al hogar y serían reconocidos legalmente miles de niños abandonados.

Esta obra itinerante confería al ministerio episcopal de Antonio María Claret una dimensión misionera nueva, muy distinta de la que había desarrollado anteriormente en Cataluña, y con dificultades mayores en los desplazamientos. Pasó más tiempo a lomo de caballo, de pueblo en pueblo, que en la curia. En la diócesis de Santiago era más necesario, en efecto, un apóstol evangelizador que un gobernante de curia. Recorrió su extensa Archidiócesis tres veces en los seis años de su mandato. Y estaba haciendo la cuarta visita apostólica cuando hubo de interrumpirla inesperadamente, por el grave atentado sufrido y posteriormente por el mandato real de trasladarse a Madrid (1857).

Resultaría interesante, pero imposible, reseñar aquí las rutas misioneras del P. Claret por tierras cubanas; rutas extremadamente fatigosas, a lomo de caballo. Conozcamos, al menos, un pasaje pintoresco del arzobispo misionero:

*"Tuvimos que pasar el río llamado Jojó treinta y cinco veces, pues como corre entre dos altas montañas y no hay otro lugar, cuando da paso por una parte no le da por otra. Después del río tuvimos que subir a las altas montañas, llamadas Cuchillas de Baracoa, cuyo nombre les está perfectamente adecuado, pues verdaderamente están como cuchillas. Por encima del corte o cresta va el camino, y cuando se pasa por allá hay trechos en que suenan un caracol marino, a fin de*

*que el que va no se encuentre con el que viene; de otra suerte, el caballo del uno o del otro tendría que rodar hacia abajo, porque es tan estrecho que un caballo no tiene lugar para dar la vuelta... Esas montañas, después de los pasos del río, tuvimos que subir y andar en ayunas, y al bajar son tan pendientes que yo me resbalé y caí por dos veces, aunque no me hice mucho daño gracias a Dios" (Aut., n. 541).*

Pero por encima de todo, se imponía la impresionante voluntad del Claret de siempre, de anunciar el Evangelio y de amar, servir y promocionar a un pueblo abandonado social y religiosamente. ¿Cuál fue el fruto de tantos desvelos apostólicos? Podemos deducirlo de algunos testimonios. El siervo de Dios y fiel colaborador, P. Esteban de Adoáin, comentaba en sus memorias:

*¡Cuántos matrimonios divorciados se han vuelto a unir!  
¡Cuántos hijos, que no conocían antes a sus padres, les conocen ahora! ¡Cuántos! ¿A qué se debe el fervor y entusiasmo que se advierte en la ciudad? A la misión. Gracias eternas a la Divina Pastora y al santo prelado Claret, que sólo en el cielo encontrará su recompensa.*

En realidad, en año y medio había legitimado más de 10.000 matrimonios y más de 40.000 hijos ilegítimos. Unos años más tarde, el obispo de Almería, D. José Orberá, que había vivido en aquella isla, declaraba:

*En los 14 años pasados en Cuba, ejerciendo los cargos de provisor, doctoral del seminario y vicario capitular de aquella diócesis, puedo decir que, en mi pobre opinión, lo que se conserva de religión en aquella extensa diócesis se debe al Sr. Arzobispo Claret: a la santa visita que practicó, a las continuas misiones que promovió y a los millares de libros que repartió, principalmente en los campos.*

Se han insinuado ya los múltiples problemas y las graves animadversiones contra el arzobispo. Sus predicaciones promocionaron a los esclavos; sus decisiones eclesiales hirieron a algún sacerdote; su posición favorable al negro alertaba a los terratenientes; su condición de obispo *extranjero* revestía tintes políticos; y su dependencia de Madrid humillaba a los nativos.

Uno de los problemas más virulentos fue el problema político. En síntesis, en la isla se detectaban tres sentimientos y tres grupos en confrontación: primero, los fieles a España, dado que los defendía y les aseguraba la vida; segundo, los nacionalistas cubanos independentistas, resentidos y ofendidos por el proceso de independencia de otras Repúblicas americanas; y tercero, el grupo de traficantes de esclavos y terratenientes, contrarios a España y al sentimiento independentista, resueltos a anexionar Cuba a los Estados Unidos de América, donde imperaba una normativa proesclavista menos rigurosa.

Fiel a su trayectoria de no inmiscuirse en temas políticos ni hablar de ellos, pero firmemente fiel al mensaje evangélico, acusador de unos y libertador de otros, Claret, como todo profeta, estorbaba a algunos grupos. Y se puso precio a su vida. Comenta el P. Manuel Vilar, en su libro *Claret, compilación autobiográfica* (Ed. Claret, Barcelona, 1981):

*El grave atentado contra Claret no se puede clasificar como un acontecimiento más en la vida del Santo. Históricamente es el episodio más remarcable de toda una campaña persecutoria. En el aspecto místico es también la culminación de un proceso espiritual, que se manifiesta por los efectos que produce en el alma del santo y por la trascendencia de la que le reviste.*

Escribe el Santo:

*Me hallaba en Puerto Príncipe pasando la cuarta visita pastoral a los cinco años de la llegada a aquella Isla... Hacía algunos días que me hallaba muy fervoroso y deseoso de morir por Jesucristo; no sabía ni atinaba a hablar sino del divino amor con los familiares y con los de fuera... Tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar la sangre por Jesús y María... {Aut., n. 573)... El día 1º de febrero de 1856, habiendo llegado a la ciudad de Holguín, abrí la santa visita pastoral, y como era la víspera de la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio... ¡XLS cosas que dije y cómo las dije no lo sé; pero decían que fui feliz como nunca. El sermón duró hora y media {Aut., n. 574). Habíamos salido de la iglesia y estábamos en la calle Mayor, calle ancha y espaciosa donde había a uno y otro lado mucha gente y todos me saludaban. Se acercó un hombre como si me quisiera besar el anillo, pero al instante alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con toda su fuerza. Como llevaba la cabeza inclinada y con el pañuelo que tenía en la mano derecha me tapaba la boca, en lugar de cortarme el cuello, como intentaba, me hirió la cara, o mejilla izquierda, desde junto a la oreja hasta la punta de la barba y de escape me cogió y me hirió el brazo derecho con que me tapaba la boca... {Aut., n. 575). No puedo explicar el placer, el gozo y la alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María... {Aut., n. 577). Esta alegría y gozo me duró todo el tiempo que estuve en cama, por manera que alegraba a cuantos me visitaban. Me fue después pasando esta alegría a proporción que se iban cicatrizando las heridas {Aut., n. 578).*

Este atentado impactó fuertemente al Santo. Primero, por la experiencia del hecho martirial, "testimoniar con la sangre

las verdades que predicaba"; segundo, por la experiencia de la violencia y del mal, reales y concretos, que acababa de experimentar; tercero, la confirmación, por vía mística, de su misión profética en un mundo difícil y hostil, donde se enfrentaban en lucha cruel luz y tinieblas, el bien y el mal. Esta experiencia, que el santo relacionó con algunos de los textos de San Juan en su Apocalipsis, se ahondaría, aún más, en Madrid.